

DOS OJOS MUY ABIERTOS

Recomendaba San Ignacio a los superiores jesuitas tener sus dos ojos muy abiertos. El uno, mirando hacia su casa religiosa. El otro, hacia el mundo exterior en que sus religiosos ejercían su ministerio.

El Padre Hurtado, buen jesuita, siguió el consejo de su fundador. Miraba a la Iglesia con cariño, con dolor a veces y miraba al mundo con esperanza y con inquietud también.

Cuando miraba a la Iglesia surgían los retiros espirituales, la dirección espiritual a centenares de fieles, las vocaciones sacerdotales o religiosas, la Acción Católica de Jóvenes de la que fue extraordinario asesor. Cuando miraba al mundo surgían la ASICH o el Hogar de Cristo.

Cuando las dos miradas se fundieron, surgió Mensaje.

Si el mundo conociera mejor a la Iglesia, pensaba él, ¡cuántos prejuicios caerían! Y si la Iglesia conociera mejor al mundo, ¡cuánto más eficaz sería su acción apostólica!

Los grandes misioneros jesuitas -un San Francisco Javier, un Padre Ricci, un Padre Nobili- llevaban a la India o a la China su teología católica tridentina y su cultura humanista europea. Pero, llegando a esos países, se sumergían en el estudio de los idiomas y de las culturas nativas. Sabían que el día en que pudieran presentar la fe católica, desprendida de su ropaje europeo, en el lenguaje y de acuerdo a la cultura de los hindúes y de los chinos, estos podrían reconocer en esa nueva fe lo que tiene de universal y por lo tanto lo que es asimilable por todos los pueblos y todas las culturas. ¿No pidió acaso uno de ellos a Roma permiso para celebrar la Eucaristía con arroz y con te, en vez de pan y vino, alegando que en el Oriente Asiático no se conocen el trigo ni la vid? El trigo y la vid para Europa pensaban ellos, el arroz y el te para el Oriente y la fe de Cristo para todos.

El Padre Hurtado concibió Mensaje como un lugar de encuentro entre la Iglesia y el mundo. Entre la Iglesia Católica Chilena, tal como la había conocido en

sus giras de norte a sur del país, tal como la veía en el Santiago de su tiempo. La Iglesia Católica Chilena que le inspiró su libro profético: “¿Es Chile un país Católico?” Y el Chile de su tiempo, con sus grandezas y sus miserias, con sus adelantos y sus desigualdades, con su fe débil y su moral incierta y con la generosidad de tantos chilenos dispuestos a apoyar sus esfuerzos, a realizar sus sueños, a hacer del “Chile de su tiempo” un verdadero “país católico de su tiempo”.

En el Consejo de Redacción de Mensaje hubo siempre sacerdotes, teólogos, escritoristas, especialistas de la catequesis, de la liturgia, de la espiritualidad o de la pastoral. Pero hubo también, y en mayor número, sicólogos, sociólogos, intelectuales, profesionales, literatos, científicos, dirigentes sindicales, empresarios, políticos. La Iglesia y el mundo unidos en un apasionante diálogo. Y de ese diálogo salían los artículos de Mensaje, llevando a sus lectores claridad de ideas, amplitud de testimonios y de experiencias, actualidad de primera línea y solidez de las certezas eternas y de las viejas tradiciones.

Esa fue la misión que el Padre Hurtado encomendó a Mensaje. Comprender al mundo, explicarlo a sus lectores, purificarlo de sus miserias y transfigurararlo con la fe. Y purificar también la fe y la vida de la Iglesia, ayudándola a comprender y a amar el mundo y haciéndose comprender, ella también, del mundo.

503 números de Mensaje han aportado, mes a mes, a sus miles de lectores una luz orientadora y una fuerza animadora. Nos han ayudado a ser mejores cristianos y mejores chilenos. Han contribuido a hacer mas cristiana la cultura chilena y a hacer mas chilena nuestra Iglesia Católica. Nos han ayudado a vivir y muchas veces a sufrir y a esperar. Nos han hecho bien.

El Padre Hurtado, desde el cielo, mira con cariño a su Hogar de Cristo y siente que se ha realizado su anhelo. Mira con cariño a los miles de chilenos que hemos sido sus discípulos, que le debemos nuestra actitud frente a la Iglesia y frente a Chile. Pero también tiene, especialmente en esta celebración del cincuentenario de su revista, una mirada de alegría y de confianza para su

Mensaje, para su palabra que aun resuena, desde hace medio siglo, portadora de una fe luminosa, de un amor sin límite y de una indefectible esperanza.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena